
HISTORIA
DE LA IGLESIA.

LIBRO SÉPTIMO.

*Desde la paz dada á la Iglesia en el año 313, hasta la
muerte de Constantino, en el de 337.*

1. **M**udó en poco tiempo todo el aspecto del Imperio, así por la libertad que dió á la Iglesia el edicto de los Emperadores, como por la proteccion declarada de Constantino: los fieles se presentaban con seguridad por do quiera, y una santa alegría se mostraba en sus semblantes; el nombre Cristiano dejó de mirarse como un nombre impío; las prisiones no estaban llenas de inocentes víctimas; los fugitivos y los desterrados volvian en tropas á ocupar sus desiertos hogares; las ovejas se reunian en sus rediles despues de la mas lamentable dispersion, y los pastores comparecian de nuevo al frente de ellas (1). En las ciudades y fuera de ellas se veían por todas partes nuevas Iglesias mas grandes y magníficas que las antiguas; y el religioso Emperador se anticipaba á los

(1) *Euseb. Lib. 10. hist.*

deseos de los pueblos y de los Obispos mas celosos por la gloria de la casa de Dios, contribuyendo á todos los gastos con una opulencia digna de un César, que no ignoraba que todo lo debia al autor de cuanto existe. Celebrábanse las consagraciones de aquellos templos con la mas pomposa solemnidad; reuniase gran número de Prelados, y era inmenso el concurso de los fieles de todas edades y condiciones. Todos los dias habia fiestas y regocijos, tan interesantes por la importancia del objeto y por el santo aparato de la novedad, cuanto lejanos de la licencia y disolucion de las ceremonias idolátricas. Aumentaban la alegría universal los parientes y amigos que tornaban á verse despues de una larga separacion, añadiendo los sentimientos naturales al divino entusiasmo de la Religion. El culto cristiano en una palabra llegó á ser el mas principal, y casi el solo que se egercia en público. Ofreciase el adorable sacrificio, no en las tinieblas de las cavernas y subterráneos, sino bajo de doradas y brillantes bóvedas, resonando por do quiera el sonido de los instrumentos y cánticos celestiales. En fin se pronunciaban discursos elocuentes, cuyo objeto era la alabanza, el triunfo, las acciones de gracias, que servian para fomentar el fervor y la alegría general en aquellas divinas asambleas.

Constantino se esmeraba en obsequiar á los Príncipes de la Iglesia, particularmente á los que habian combatido por la fe, y conservaban en sus cuerpos las señales de sus gloriosas heridas (1): los sentaba á

(1) *Euseb. in vit. Constant. M.*

su mesa, y no reparaba en el exterior, atendiendo solo al carácter y á la dignidad; dándose traza á resarcir las pérdidas que habian sufrido los Confesores con sus dones verdaderamente reales, cuya distribucion se arreglaba á medida de la necesidad de los agraciados.

2. No quedó satisfecho el celo de Constantino con proporcionar estos triunfos al cristianismo en el Imperio de Occidente y en la parte del Oriente sujeta á Licinio; despachó el último edicto á Maximino, que reinaba en Egipto y en las provincias mas orientales del Imperio, exhortándole vivamente á que se conformase con él y cuidase de su observancia. A pesar de esto, aquel tirano cruel siempre declarado enemigo de los siervos del verdadero Dios, temió indisponerse del todo con sus compañeros, mas por otra parte no queria que sonase que obedecia. Sin mandar publicar el edicto, resolvió escribir á sus subalternos, que dejasen de atormentar á los Cristianos, y se valiesen tan solo de la persuasion ó de la seducccion para atraerlos al culto de sus dioses. Tuvo noticia poco despues de que entre los papeles del tirano de Roma Majencio se habia encontrado despues de su muerte un tratado de alianza ofensiva proyectado entre los dos contra los otros dos Emperadores; y juzgando de las intenciones de estos por las suyas, no dudó que le harian experimentar los efectos de venganza, tan pronto como pudieran.

3. Hizo pues una irrupcion en los estados del Príncipe Licinio mientras estaba este en su boda en Ita-

lia, creyendo que lo mejor era anticiparse, y tomar la mano á los que ya tenia por sus enemigos. Licinio recogió con la mayor brevedad como unos treinta mil hombres, y volvió precipitadamente contra el pérfido Maximino, el que al frente de mas de sesenta mil habia penetrado hasta Tracia. Todo el intento de Licinio era impedirle pasar adelante ocupando los desfiladeros; pero como Maximino habia hecho la posible diligencia de la que esperaba principalmente el éxito feliz de su empresa, ya estaba á este otro lado de las montañas, y estendiéndose por las llanuras redujo á Licinio á la necesidad de presentar combate. Prometió Maximino solemnemente á Júpiter que aboliria el nombre cristiano, si derrotaba á su enemigo, para mas asegurar la victoria que creía tener en la mano. Mas aquella misma noche se apareció un ángel á Licinio y le exhortó á que se pusiese con todo su ejército bajo la proteccion del Omnipotente, prometiéndole el triunfo si así lo egecutaba. Refiere Lactancio que el mensagero celestial enseñó á Licinio una fórmula de oracion, la que mandó escribir este Príncipe luego que se levantó, y distribuir gran número de copias por el ejército (1). Estas infundieron en los soldados un valor indecible, todos pedian á voces que los llevasen á la batalla, y condescendiendo con sus instancias Licinio, señaló el dia de la batalla para el 1.º de Mayo del mismo año 313, queriendo que Maximino quedase destruido como Majencio, el mismo dia que era el aniversario de su exal-

(1) *Lactan. divin. Institut. n. 45.*

tación al trono. Pero el mismo tirano quiso adelantar un dia su suerte malhadada. Noticiaron á Licinio que el enemigo se iba acercando en orden de batalla, y mediante sus disposiciones no tardaron en avistarse los dos egércitos. Entonces descubriéndose la cabeza los soldados de Licinio, y levantando los ojos al cielo, dijeron por tres veces la oracion que habian aprendido, despues de haberla pronunciado el Emperador del modo siguiente: „vuestro nombre invocamos, ó gran Dios; Dios Santo, imploramos vuestra asistencia poderosa: á Vos encomendamos la justicia de nuestra causa, á Vos encomendamos nuestra salvacion, á Vos encomendamos la de nuestro Imperio. Por Vos existen todos los hombres, vuestro brazo es el que alcanza las victorias, por Vos se consiguen los triunfos y las felicidades: Dios Omnipotente, Dios Santísimo, oid nuestras súplicas; á Vos levantamos los brazos en este dia; Dios Omnipotente, Dios Santísimo, prestad gratos oídos á nuestras plegarias.” Despues de repetir tres veces esta oracion, se arrojaron los soldados Cristianos llenos de ardor y de esperanza sobre los de Maximino, sin atender á su excesivo número. Fueron los infieles tan pronto vencidos como atacados; pues apoderándose de sus ánimos un estúpido terror, les privó el uso de las armas; de modo que parecia que abanzaban, no para pelear, sino para ser degollados como víctimas ciegas. La mitad del ejército cayó bajo el filo de las espadas; y la otra mitad ó bien se rindió, ó se fugó precipitadamente. Reritóse Maximino con una celeridad

prodigiosa hasta las gargantas del Monte Taneo, y no creyéndose aun allí seguro, marchó á encerrarse en la ciudad de Tarsis: hasta que viéndose cercado por mar y por tierra, le pareció que era la ocasión de recurrir al veneno con que iba prevenido. Mas habiéndose antes hartado de carne y de vino, el efecto no pudo menos de ser muy lento; de manera que sentia que se le abrasaban las entrañas poco á poco, y la fuerza de los dolores le hacia prorrumper en espantosos alaridos, revolcándose por el suelo, mordiéndose de rabia, y dando con la cabeza contra las paredes con un furor que los ojos le saltaron y quedó enteramente ciego. Los remordimientos que en aquel instante le acometieron, causaron su mas atroz tormento: se le figuraba que veía á Jesucristo sentado en su terrible Tribunal, tomándole cuenta de su vida, y todos oían como le respondia en tono de un delincuente: *no soy yo, todo lo que hice fue contra mi voluntad.* Confesaba otras veces públicamente sus mas ocultas y vergonzosas maldades, y pedia misericordia por ellas. Cuatro dias pasó así, y murió en este lastimoso estado, que parecia un anticipado infierno; por manera que es de creer, que la divina justicia quiso ofrecer al mundo en la persona de Maximino el egemplo mas palpable de un nuevo Antíoco; y se tiene por cierto que además de la pérdida de la vista, y del fuego que le devoraba en su interior, experimentó antes de espirar, la mayor parte de los tormentos con que habia afligido á los Mártires. Esta fue la muerte del mas impío de

todos los perseguidores del cristianismo. Se cita como el primer egemplar de una guerra en toda forma de parte de los infieles contra una nacion cristiana la que hizo Maximino contra los pueblos de la Armenia mayor, no por otra causa que porque profesaban el cristianismo.

4. Dió á Licinio la posesion de todo el Oriente, la muerte de Maximino, y dirigiéndose al punto á su capital Antioquia, declaró á aquel enemigo de la patria, y mandó demoler sus estátuas. La muger del tirano fue arrojada en el rio Orontes, en el que no mucho tiempo antes habia hecho morir una multitud de vírgenes y mugeres virtuosas aquella digna compañera del Anti-Cristo de Siria. Sus hijos, de los que el mayor apenas rayaba en los ocho años, murieron todos; y generalmente toda la estirpe de los últimos perseguidores del cristianismo quedó casi á un mismo tiempo destruida. Candidiano hijo de Galerio, y Severiano hijo de Severo, fueron condenados á muerte, por sola la sospecha de haber puesto sus miras en la púrpura. Anduvieron errantes de pueblo en pueblo por espacio de quince meses y en traje de sirvientas Prisca, muger de Diocleciano y su hija Valeria viuda de Galerio; pero al último las conocieron en Tesalónica, y fueron condenadas á morir en un cadalso. No obstante, este espectáculo enterneció al pueblo, el que desaprobaba altamente un rigor que parecia crueldad de parte de Licinio; pero el Soberano Juez que distingue entre el delito del Príncipe y el del súbdito para proporcionar la pena

al peso del escándalo, permitió este contratiempo para castigar á aquellas Princesas que voluntariamente renunciaron la fe de Jesucristo, á pesar de los impulsos de la gracia y los gritos de su corazón. ¡Felices ellas, si las humillaciones que sufrieron al fin de su carrera las hicieron conocer con fruto los contratiempos de la vida humana, y fueron después recibidas en descuento de sus pecados!

5. Nos da noticia de estos ejemplos evidentes de la divina justicia en su tratado de la muerte de los Perseguidores, escrito según lo que había visto por sus mismos ojos, y oído á sus contemporáneos el piadoso y sabio Lactancio, natural de África según todas las apariencias, pero vecino de Nicomedia adonde vino por orden del Emperador Diocleciano á enseñar la Retórica. En la misma obra se produce de un modo que hace honor á Licinio; lo que prueba que aun no había comenzado este Príncipe su persecución contra la Iglesia.

Este célebre escritor nos dejó otras muchas obras; pero las principales que han llegado hasta nosotros son el libro de la cólera de Dios, en el que desempeña perfectamente su título, probando que el Señor es tan justo como misericordioso; y los de la formación del hombre y de las instituciones divinas. El de la formación escrito con el fin de probar que el hombre debe á Dios su creación, y establecer sobre este principio la fe en la divina Providencia, se tiene por la primera producción del celo del autor, después de su conversión; porque Lactancio había nacido en las

tinieblas de la infidelidad. No puede citarse testimonio alguno mayor en favor de la Iglesia, que sus instituciones divinas, divididas en siete libros, que se tienen por su obra maestra. El intento de Lactancio en ellos es responder á todos los que escribían contra la Religión Cristiana, y refutar no solo los argumentos ya propuestos, sino los que pudieran proponerse en lo sucesivo; combatiendo al mismo tiempo con una invencible energía la vanidad del paganismo, y destruyendo con admirable facilidad la ilusión de la idolatría; pues el carácter de Lactancio, ó la clase de estudios á que se aplicó, le inclinaban más á destruir la impiedad y la mentira que á probar las verdades del cristianismo. Por otra parte más parece orador que teólogo, y trata nuestros Misterios de un modo demasiado filosófico, dándose á entender poco instruido en el fondo de la doctrina del cristianismo, cuyo estudio se echó de ver emprendió muy tarde. Puede también asegurarse con toda verdad que nadie defendía la Religión con un estudio más limado y elocuente, y de un modo más claro, más vivo, y al mismo tiempo más sublime y agradable; por cuyo conjunto de circunstancias le da con tanta razón San Gerónimo el nombre de Cicerón Cristiano. Reunió Lactancio una alma tan noble á lo elevado de su ingenio, que nunca recurrió para captarse la admiración de los hombres á los títulos y prerogativas exteriores. Aunque casi todos confiesan que fue Preceptor de Crispo, hijo de Constantino el Grande, á pesar de esto no hace mención nunca de este honroso empleo, que so-

lo debía á su mérito, ni de otra cualquier cosa que pudiese engrandecerle. Solo se puede comparar con su desinterés esta modestia tan egemplar; pues es bien notorio que sus solicitudes y buenos oficios para con el César, hijo mayor de un Emperador tan benéfico y liberal como Constantino, muy lejos de enriquecerle, le dejaron siempre en un estado en el que no solamente echó de menos la abundancia, sino tambien lo mas preciso, solo porque quiso vivir constantemente en la pobreza evangélica. Este es el testigo, ó mejor diremos, uno de los muchos testigos que nos anuncian los castigos egemplares con que el Señor castigó á los postreros perseguidores de su Ley.

6. Así que el piadoso Constantino supo la muerte de Maximino, conoció claramente la mano del Todopoderoso, y no cesaba de bendecirle por habersele mostrado con toda la grandeza de su misericordia. Quanto mas se estendia y consolidaba su Imperio, tanto mayor era el tributo del reconocimiento y religion de aquel digno Emperador; cuyas liberalidades en favor de los ministros y siervos pobres de Jesucristo no tenian límites (1). Por una sola vez mandó dar al Obispo de Cartago para socorro de sus feligreses, tres mil bolsas, suma que escedia á un millon y doscientos mil reales vellon de nuestra moneda: cantidad extraordinaria en aquel tiempo, respecto del objeto á que se destinaba; añadiendo en la carta que escribió con este motivo, que si despues de distribuida aquella cantidad hallaba el Obispo que no bastaba

(1) Euseb. lib. 10. hist. cap. 7. Zosim. lib. 2.

para el socorro de todas las necesidades, acudiese al Intendente del distrito, quien tenia orden de suministrar al momento todo quanto se le pidiese. Libertó al propio tiempo de toda carga pública á los ministros de la Iglesia sujetos al Obispo Ceciliano (tal es la espresion del rescripto): esto es, á todo el Clero Ortodoxo de África, con la mira de que no hubiese cosa que les distrajese del servicio importante de la Religion; siendo esta la única razon que se alegaba al Procónsul Anulino al recomendarle eficazmente la inmediata egecucion de aquellas órdenes terminantes. Tambien se le prevenia que al recibo de la carta hiciese restituir á las Iglesias católicas todas cuantas posesiones hubiesen tenido en aquellas ciudades ó en otra cualquier parte, y todo lo que ocupaban los infieles en virtud de las pasadas confiscaciones; concluyendo el religioso Emperador de este modo: *vuestra prontitud será la que os asegure nuestra poderosa benevolencia*. Tambien es indudable que despachó iguales órdenes á todas las Provincias restantes.

Tocaba la celebracion de los juegos seculares de Roma en aquel año, el 313 de Jesucristo; y Constantino omitió aquellos egercicios mezclados con idolatría, y tan vituperables por la disolucion de costumbres á que daban lugar. Murmuraron los Paganos de esta omision, temiendo ó fingiendo temer los desastres que pudieran sobrevenir al Imperio si se abolia una costumbre para ellos tan sagrada; mas se despreciaron sus voces, y los Cristianos prosiguieron implorando los divinos auxilios en favor de un pro-

pector tan grande. El celo de Constantino no se contentó con cubrir á los fieles de las violencias exteriores de sus contrarios; mandó además al Procónsul Anulino se informase de los que perturbaban la paz de la Iglesia, y los corrigiese bajo la direccion del Obispo de Cartago. Aludia esto á los Donatistas, que como se ha visto, habian comenzado á separarse de sus legítimos Pastores, y cuya rebelion segun sucede regularmente, pasó bien pronto del cisma á la heregía.

7. Habian exigido los últimos perseguidores de la Iglesia que se les entregasen todos los libros de las sagradas Escrituras: muchos Sacerdotes y algunos Obispos tuvieron la debilidad de conformarse con una orden tan impía, y este crimen se reputó por tan grave en corta diferencia como el de formal apostasia. Tuvo noticia Donato, Obispo de Casas-negras en Numidia, de que se acusaba vagamente á Mensurio, Obispo de Cartago, de haber caido en tal flaqueza; y formando un juicio tan pernicioso en sus consecuencias como temerario en los principios, se apartó al punto de su comunión. No fue muy ruidoso por entonces este cisma: pero despues de la muerte de Mensurio, tomó un vuelo tan rápido como pernicioso. Fue elegido Ceciliano, Diácono de Cartago, para ocupar la Silla de esta primera Iglesia de África, por voto unánime del pueblo, y ordenado por Felix, Obispo de Aptungia, ciudad vecina á la capital, en presencia y previo el consentimiento de los Obispos de la provincia. Pero dos Sacerdotes que se llama-

ban Bostro y Celesio, envidiosos de la exaltacion de Ceciliano, pretendieron que el Obispo de Aptungia Felix, era del número de los traidores; y con este pretesto tan falso como frívolo, se negaron á reconocer por su legítimo Pastor á Ceciliano: así se renovó é hizo considerables progresos el cisma de Donato. Agregáronse insensiblemente á aquellos descontentos otros muchos, aumentando el número no pocos Obispos de Numidia; y es de notar que estos rigoristas eran ellos mismos traidores conocidos, como no se habian atrevido á negarlo en el Concilio de Cirta. Igualmente se quejaban de que no los habian convocado para ordenar á Ceciliano, y de que no se hubiese confiado el encargo de la ordenacion al Primado de Numidia, asegurando contra toda verdad que esta era la ley y la costumbre. Atraieron por este medio á su partido los traidores cismáticos á mas de sesenta Obispos Nómidas; alzarón aun dentro de Cartago altares contra altares, reuniéronse en Concilio y citaron á Ceciliano.

Envió este á preguntar, de qué delito le hacian reo, y pidió le nombrasen sus acusadores: pero aun no estaban formadas las imposturas con que intentaron denigrarle en lo sucesivo, y se contentaron con oponerle la pretendida nulidad de su ordenacion. Ceciliano que no quiso perder diligencia alguna de las que pudiesen cortar el escándalo, respondió, que si el Obispo de Aptungia no habia tenido autoridad para instituirle legítimamente, estaba pronto á ponerse de nuevo en manos de los Obispos congregados: mas